

LA ACTITUD DE LOS ESPAÑOLES RESPECTO A LOS VALORES A FINALES DEL SIGLO XX

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás *

Actualmente, contamos con valiosos trabajos sociológicos sobre la actitud de los españoles respecto a los valores en los últimos decenios. He leído cuidadosamente una decena de ellos. Parten de investigaciones realizadas mediante encuestas, y transmiten, debidamente configurados, los datos que éstas arrojan. A veces, los numerosos árboles y arbustos no dejan ver la estructura del bosque, y resulta difícil hacerse una idea clara de la posición de los españoles respecto a los valores básicos.

Esta dificultad no se debe sólo a la exuberancia de los análisis sino a la ambigüedad y la ambivalencia de la actitud de los españoles respecto a los valores. Con frecuencia, se queda uno perplejo al observar que los encuestados parecen inclinarse por una actitud y por la contraria. Algunos autores afirman que esta posición sólo es paradójica de modo *aparente*, pero no dan la razón profunda de ello. Subrayan que estamos ante una sociedad compleja, diversificada, «mosaicizada», que presenta multitud de matices y contrastes, e indican algunas de las causas de sus preferencias y cambios respecto a los valores.

Desde mi perspectiva filosófica, en este trabajo no me limité a ofrecer datos sobre la adhesión de los españoles a los valores más destacados —tarea ya realizada por los sociólogos—. Intenté buscar claves de interpretación que nos permitan clarificar el sentido de ciertos términos decisivos en este tipo de estudios. Los

* Sesión del día 22 de febrero de 2000.

resultados de este empeño me llevarán a concluir que sería deseable aunar los métodos sociológico y filosófico para lograr una comprensión más precisa de todo cuanto implica la vida personal y social de las gentes. Mi trabajo no tiene una intención *crítica* sino *colaboradora*. En estos últimos años se llevó a cabo, con una energía y tenacidad dignas de mejor causa, la escisión de disciplinas que por razones internas estaban intervenculadas. Piénsese en la Pedagogía y la Filosofía. Ha llegado la hora, a mi entender, de complementar los métodos de estas disciplinas a fin de lograr un conocimiento más hondo y comprehensivo de la realidad. La realidad personal y social del hombre se ha vuelto últimamente tan *diversificada* y *complicada* —en los distintos sentidos del término— que no puede ser conocida adecuadamente con la mera suma de diversos métodos o vías de acceso. Estas vías han de *integrarse* expresa y metódicamente. En este estudio quisiera mostrar, siquiera esquemáticamente, la fecundidad de tal integración.

I. ACTITUDES DE LOS ESPAÑOLES ANTE LOS VALORES

1. Segregación y discriminación

Al utilizar estos términos, se refieren los sociólogos al hecho de si las gentes aceptan o rechazan a personas de distinta raza, procedencia y cultura. En general, parece observarse una tendencia a la *comprensión*. Naturalmente, en los estudios sociológicos se matiza al extremo esta tendencia, señalando porcentajes según la edad, la afiliación política y las creencias religiosas de cada persona o grupo. Pero en este trabajo me basta con someras indicaciones, pues mi propósito no es condensar esos amplísimos análisis, tarea ya realizada por otros autores, sino *verlos a la luz de una metodología filosófica cuidadosa*.

Por lo que toca a la pregunta que se hizo a los españoles sobre su actitud de acogida o de rechazo de personas ajenas y extrañas a la propia cultura, habría que haber distinguido entre el rechazo que se realiza por razones de raza, religión, credo político o procedencia, y el rechazo suscitado por las dificultades que tales personas provocan de modo voluntario o involuntario. Una persona o un grupo pueden sentir deseo de no tener como vecinos a quienes por su modo de comportarse causan algún tipo de extorsión. Este deseo de mantenerse al margen de tales grupos no puede ser tachado de «discriminatorio» y «racista». Si se me permite una anécdota personal, confesaré que, de niño, sentía cierta simpatía hacia los grupos gitanos que recorrían los pueblos y entretenían a las gentes con sus bailes y juegos circenses. Pero, un día, un joven de una de esas compañías ambulantes me manifestó sus aviesas intenciones respecto a una hermana mía pequeña. Mi simpa-

tía hacia ellos y el embrujo que ejercía sobre mi fantasía su misterioso carro se trocaron en desconfianza y recelo. Me alegré de veras cuando se alejaron del pueblo. ¿Mi alegría respondió a racismo? Sería falso afirmarlo. Fue inspirada por un mínimo afán de cautela.

Si no se aclaran los conceptos, podemos falsificar el estudio de la situación espiritual de los pueblos. Los portavoces de los gitanos suelen aprovechar todas las ocasiones para protestar contra la *discriminación* de que son objeto. Pero cuantos hemos trabajado por elevar su calidad de vida, terminamos a menudo desalentados y frustrados, no sólo porque apenas se consigue esa meta sino por lo inseguro que se siente uno en ocasiones al tratarlos. Dichos portavoces o representantes deberían dedicar un tiempo a enseñar a sus gentes el arte de la convivencia. Es fácil anatematizar a los payos con el reproche de *racistas*, término que presenta connotaciones muy negativas desde los excesos del nazismo. Pero con ello no se consigue sino enturbiar la convivencia y cegar las vías de solución a los problemas más hondos y decisivos.

Los emigrantes tienen derechos, pero también deberes. Estos suelen destacarse menos actualmente, por miedo al reproche de discriminación y prepotencia. Cuando se vive en el extranjero, debe uno ajustarse a las costumbres de sus anfitriones. Si éstos, por ejemplo, suelen celebrar la Nochebuena de forma íntima y hogareña, no tiene sentido montar una fiesta ruidosa en la propia casa o residencia. Puede alguien pensar que cada uno es dueño de organizar su vida a su arbitrio. Esto es cierto cuando se lo ve en abstracto, pero, si el uso de tal libertad causa molestias a los vecinos, empieza perjudicándoles a ellos, pero acaba dañando gravemente a todo el grupo de emigrantes. Tachar luego de racistas a quienes procuren evitar la vecindad de todo emigrante sería injusto.

Hace unos años, hice un largo viaje rodeado de personas de cierto país. Su compañía resultó notablemente incómoda. Si en un viaje posterior me entero de que tendré como compañeros a gentes del mismo país, procuraré evitarlo, no por su condición de extranjeros, obviamente, sino por temor a aumentar no poco las molestias del viaje. Ciertamente, no todas las personas se comportan de igual forma. Pero uno tiene derecho a evitar riesgos. La culpa de que se tomen precauciones recae sobre quienes no se atienen a las normas universales de buena cortesía.

Es necesario matizar bien el concepto de *racista*. En más de una ocasión se preguntó a un grupo de personas si les gustaría que una hija suya se casara con un gitano o un negro. Los que se manifestaron negativamente fueron acusados inmediatamente de *racistas*. Puede ser injusto este reproche. El matrimonio es una

forma de vida difícil de por sí. Es de temer que los riesgos de fracaso se incrementen si uno de los cónyuges se halla en principio más distanciado del otro por sus condiciones de raza, creencias y costumbres. Este temor puede llevar a no desear ese compromiso matrimonial, aunque no exista rechazo hacia las personas.

2. Moralidad y escala de valores. La tolerancia

Según diferentes autores, hoy se tiende al *relativismo moral* por no saber discernir claramente lo que está bien y lo que está mal, lo que es elogiabile y lo que resulta reprochable. «Lo que priva en los tiempos que corren —escribe Amando de Miguel— es una suerte de relativismo moral, sincretismo, o, en su versión más aceptable, tolerancia»¹. De hecho se observa que las cuestiones morales o religiosas no suscitan discusiones tan apasionadas como en épocas anteriores. Pensemos en temas como el divorcio, el aborto, la eutanasia, las parejas de hecho, el matrimonio homosexual... La razón de ello, según el mismo autor, es que «no hay valores terminantes» y suele pensarse que «lo que es bueno o es malo depende de las circunstancias de cada momento». «No hay tablas de la ley esculpidas en piedra»², es decir, falta un canon de conducta, «una escala valorativa única», porque, a menudo, no se modela la conducta según los dictados de la *verdad*, que es la *autopotentización de la realidad*.

Para el Prof. De Miguel, «en sí misma, esta inusitada tolerancia es ya un nuevo valor, por lo menos por la amplitud de adeptos que consigue». «Este relativismo moral, cuando se presenta como tolerancia, resulta simpático y civilizado, pero tiene también su cara fea. Es la de asegurar que “todo vale”, que “todo es negociable”, de tal manera que las acciones que puedan ser más rechazables por el cuerpo social más instalado adquieren una rara respetabilidad. El político que antes podía haber pasado como ladrón hoy puede envanecerse de generar sustanciosas plusvalías, que certifiquen la inteligencia de nuestro hombre»³.

Este tipo de tolerancia inspirada en el *relativismo* y el *subjetivismo* moral y en la falta de un conocimiento lúcido de lo que es el bien y el mal suscita una actitud de *permissividad*. Rafael López Pintor escribe: « Todo está permitido porque no se sabe bien lo que es bueno o malo »⁴.

¹ *La sociedad española 1992-1993*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, pág. 385.

² Cfr. *op. cit.*, pág. 389.

³ *Ibid.*

⁴ «El vacío moral de los grandes cambios», *YA* (27 diciembre 1985).

Tal permisivismo va aliado con el *igualitarismo intelectual*, que no admite la distinción entre opiniones fundadas e infundadas, sostenibles e insostenibles, aceptables e inaceptables. «Se extiende la opinión, escribe R. Gómez Pérez, de que cualquier opinión vale lo que cualquier otra»⁵. Amando de Miguel, tras dejar constancia del acrecentamiento de la tolerancia, así entendida, cree descubrir un aspecto positivo en este fenómeno: «Al menos —escribe—, este nuevo relativismo moral elimina un resto primitivo, el del fatalismo, el de creer que “las cosas son como son; no hay forma de cambiarlas”. El principio no es rechazable por primitivo, sino por cruel. El fatalismo lleva pronto al integrismo»⁶. En cambio, no alude siquiera, por extraño que resulte, al hecho nada inocuo de que tal relativismo significa una pérdida irreparable para el hombre: *el desconocimiento de que existe la verdad*, entendida como la manifestación patente de la realidad, de nuestra propia realidad de personas, y que la atención libre y lúcida a la verdad nos permite asentar nuestras convicciones en un suelo más firme que nuestro mero yo y ensanchar nuestros horizontes intelectuales y espirituales. Esta apertura y aquella firmeza no se oponen a la flexibilidad de espíritu necesaria para cambiar de opinión cuando uno descubre que está equivocado. De Miguel no se detiene a matizar los términos, y se limita a advertir que España presenta «un paisaje ético entre variopinto y sincrético, que es ahora el general. Ha de haber de todo. Si en Madrid se edifica la gran mezquita, habrá también su célula fundamentalista»⁷. Cuánta luz podría haber arrojado sobre este tema si hubiera considerado la posibilidad de entender la *tolerancia*, no como *permisividad* o como *indiferencia*, sino como *el afán sereno y tenaz de buscar en común la verdad*. Pero esta interpretación profunda de la tolerancia exige conocer y reconocer que la vinculación a la verdad es para el espíritu del hombre tan vital como lo es para su organismo biológico el contacto con el oxígeno.

Empezamos a notar que ciertos análisis sociológicos se plantean en un nivel de realidad que no abarca todo el campo que implica la vida personal. Por eso, aun siendo minuciosos, no clarifican debidamente el objeto de conocimiento que estudian.

3. La laxitud moral

La actitud relativista y subjetivista ha provocado «un impresionante aumento de la laxitud moral», que, por lo que toca a los jóvenes, supone en algunos

⁵ Cfr. *Cómo entender este fin de siglo*, Ediciones del Drac, Barcelona, 1988, pág. 17.

⁶ Cfr. *op. cit.*, pág. 389.

⁷ *Ibid.*

aspectos de la vida «una inversión en la escala de valores»⁸. «En la sociedad española se está produciendo un agudo proceso de relajación en la escala de valores que se transmite de anteriores generaciones»⁹. La actitud ante las acciones de dudosa moralidad es muy diversa según la edad, la condición social y las creencias religiosas de los encuestados. Respecto a esta últimas, se subraya que «el proceso de secularización pasa por dos etapas sucesivas: primero, se acentúa el alejamiento de la observancia religiosa y en un segundo momento lo que se transforma es el esquema moral de los católicos (que quedan)»¹⁰. Esta observación ganaría en profundidad y lucidez si se indicara que las creencias religiosas facilitan un *ideal de vida* a los creyentes, y el *ideal* decide todo nuestro *sistema de valoraciones*. Si se preguntara a los encuestados cuál es su ideal en la vida, se obtendría una clave para penetrar en el verdadero centro de sus preferencias y su conducta.

4. La actitud materialista ante la vida

Los auscultadores de la vida social se sienten un tanto desconcertados al haber de juzgar si la sociedad actual es más *materialista* que la anterior. Frente a otras épocas que cultivaron el sentimiento del honor, el anhelo de la salvación eterna, la actitud de desprendimiento e incluso de abnegación, la época actual parece caracterizarse por el afán de lucro, la seguridad económica, el orden y la estabilidad de la sociedad, la lógica del beneficio, la monetarización de la existencia entera. La opinión, hoy bastante corriente, de que «todo tiene un precio» condensa bien dicha mentalidad. Este cambio puede interpretarse como una agudización de la tendencia *materialista*. Sin embargo, sociólogos autorizados, como Roman Inglehart, afirma que los jóvenes de los seis países iniciales de la Comunidad Europea cultivan de modo preferente los valores que él denomina «postmaterialistas»: el disfrute del tiempo libre u ocio, el estilo de vida, los símbolos, el bienestar espiritual, el cultivo de la libertad, el incremento de mejores relaciones humanas, la conservación del medio ambiente, la elevación de las ideas, las actividades participativas...

Con toda razón, De Miguel advierte que las etiquetas «materialista» y «post-materialista» «resultan bastante imprecisas»¹¹. Son inadecuadas y borrosas, de modo que enturbian más que clarifican la cuestión tratada. No designan las actitudes que dan lugar a las preferencias descubiertas por las encuestas. La preocupación por

⁸ *Ibid.*

⁹ Cfr. *op. cit.*, pág. 408.

¹⁰ Cfr. *op. cit.*, pág. 396.

¹¹ Cfr. *op. cit.*, pág. 410.

tener una seguridad económica, familiar y social no es, de por sí, señal de espíritu *materialista*. Si uno desea y procura tal seguridad como una base para poder realizar una labor creativa en diversos órdenes, con lo que ello implica de dedicación esforzada, manifiesta un talante *desinteresado*, que se halla en los antípodas del «materialismo», entendido como apego a cuanto ofrece posibilidades de dominio y bienestar individual. Por el contrario, es posible que alguien dé mucha importancia al ocio, al ejercicio de la libertad y al cultivo de las relaciones humanas..., y no haya superado esa actitud «materialista» si todo ello es inspirado por un afán de reducir las realidades del entorno a mera fuente de gratificaciones individuales.

Tampoco emplea un lenguaje del todo satisfactorio Julián Marías, pese a su habitual lucidez, cuando critica el aumento del espíritu «utilitarista» que antepone la *lógica del rendimiento económico* a cualquier otra forma de satisfacción o realización personal. Es cierto que, según revelan las encuestas, crece el número de españoles que toman el trabajo como un medio para ganar un salario y no como un modo de realizar una tarea creadora, promotora de su crecimiento como persona. Pero, a mi entender, este comportamiento responde, más que a una actitud moral, a un desconocimiento de las posibilidades que nos presentan ciertos tipos de trabajo para llevar a cabo una actividad «creativa». Justamente, es tarea ineludible de los educadores hoy día enseñar a las gentes a descubrir estas posibilidades y convertir el trabajo cotidiano en un «juego creador»¹².

Ello permitiría evitar multitud de frustraciones. Será cierto que «la población prefiere un buen sueldo a una ocupación de prestigio»¹³, pero no lo es menos que la mayoría de la gente desea conceder a su actividad cotidiana un sentido que la desmasifique y dignifique. Ello explica la creciente atención a la radio, sobre todo a los programas que facilitan información y orientación, el incremento de la lectura en las clases medias, el cultivo fervoroso del arte, los viajes culturales...

La falta de precisión en el uso de los términos decisivos explica la confusión y aparente contradicción que reina en muchas descripciones de las actitudes de los españoles ante los valores. Al observar que actualmente no sólo se pone interés en la cuantía del sueldo sino en encontrar la forma de disfrutar más de «las amenidades de la vida», se concluye que se están cultivando, además de los valores «materialistas», los valores «postmaterialistas». Esta imprecisión explica en buena

¹² Sobre la posibilidad y necesidad de realizar dicha conversión puede verse mi *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid, 1998, págs. 106-113.

¹³ Cfr. *op. cit.*, pág. 412. Véanse, asimismo, F. ANDRÉS ORIZO, *Los nuevos valores de los españoles*, SM, Madrid, 1991, págs. 226-227.

medida que en una misma página se transcriban opiniones opuestas sobre una misma actitud de los españoles: «Estamos viviendo —escribe Andrés Orizo— en una sociedad menos materialista que nunca, en donde los aspectos simbólicos de las cosas (de los productos), sus aspectos inmateriales, cobran la máxima relevancia»¹⁴. Y agrega: «Si se repasa la literatura ensayística de estos últimos años, la opinión dominante es la de que el materialismo se generaliza como valor característico de los españoles actuales»¹⁵. B. Bennassar advierte: «La lógica del beneficio, del predominio de los valores económicos y la tendencia a la explotación invade la conciencia de todos. Todo se mercantiliza... Todo se compra y se vende. Nadie da. Nadie se da»¹⁶. «Somos positivistas —denuncia H. Saña—, caminamos a ras de tierra y nuestra religión es el culto al Becerro de Oro»¹⁷.

5. Sentimientos y estados de ánimo

Los sociólogos subrayan que el español, en general, muestra un sentimiento vital de *alegría*. La tendencia a la satisfacción interior y al bienestar psicológico se manifiesta especialmente en los varones activos y en los jóvenes. Las amas de casa e incluso las mujeres activas fuera del hogar muestran estados de ánimo más bien deprimidos, debido, entre otras causas, al *aburrimiento*. «El privilegio de no aburrirse sigue siendo patrimonio del estrato mejor instalado», dotado de un alto nivel de estudios y fiel a su fe religiosa¹⁸.

No se indica que el fenómeno del *aburrimiento* surge por falta de creatividad. Cuando no se realiza ninguna actividad y se está sólo pendiente de la marcha del reloj, de cada minuto y cada segundo, se divide la atención indefinidamente y el tiempo se alarga de modo insufrible. Ello explica que las personas más activas intelectualmente y más elevadas religiosamente se aburran menos, porque en cualquier situación son capaces de crear relaciones valiosas y ocupar su mente y su espíritu en algún pensamiento que sobrevuele el paso de los instantes y les dé unidad. Al sobrevolar el curso del tiempo, éste fluye de modo normal y no sobreviene el tedio o aburrimiento, sino más bien su antónimo: el *entusiasmo*. Esta es una clave de interpretación más fecunda que el mero anotar que «el literario “tedio de

¹⁴ Cfr. *Los nuevos valores de los españoles*, SM, Madrid, 1991, pág. 227.

¹⁵ Cfr. A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 412.

¹⁶ Cfr. B. BENASSAR, *Moral para una sociedad en crisis*, Sígueme, Salamanca, 1986, pág. 29. Citado en A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 412.

¹⁷ Cfr. H. SAÑA, *El dualismo español*, Prensa y Ediciones Iberoamericanas, Madrid, 1990, pág. 156. Citado en A. de Miguel, *op. cit.*, pág. 412.

¹⁸ Cfr. A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 417.

la vida" no afecta a la clase alta sino a la baja¹⁹. Psicólogos muy experimentados, como Viktor Frankl, han vinculado el «tedio de la vida» al «vacío existencial», que afecta no pocas veces y de modo dramático a personas triunfadoras en todos los órdenes.

6. Felicidad

El sentimiento de felicidad es la alegría profunda que siente cada hombre cuando advierte que está *viviendo en plenitud* su vida personal. Todos nos sentimos *llamados* a realizar una *misión*, una tarea propia. Cuando la realizamos, sentimos nuestra existencia como algo colmado, lleno, y esa plenitud produce felicidad, es decir, amparo interior, paz, gozo festivo. Uno puede experimentar goces intensos, pero, si sabe que con ello se aleja de su plenitud personal, se siente infeliz.

Los analistas de la sociedad no suelen detenerse a precisar a qué responde esa satisfacción íntima que llamamos *felicidad*. Se limitan a decir que «es un sentimiento difuso, pero que casi todo el mundo sabe apreciar». «Ya la misma idea de la búsqueda de felicidad es esencialmente moderna por individualista y secularizada»²⁰. No aluden al hecho de que los hombres, desde el origen mismo de nuestra cultura occidental, buscaron la felicidad en la plenitud, y la plenitud se da en la vida de *comunidad*, no en la oclusión *individualista*. Por eso es penoso que no suela precisarse debidamente lo que significa el término «individuo» y lo que implica el «reconocimiento de la individualidad». «Ésta que vamos a ver —escribe F. Andrés Orizo— es una *sociedad de individuos*, o «*de los individuos*», en la que se reconoce el valor de lo singular, de la individualidad»²¹. Este reconocimiento consiste en recogerse dentro de sí mismos, preocuparse «de sí y de los suyos cercanos, de su felicidad y bienestar, relacionándose superficialmente con los demás o manteniendo relaciones de baja intensidad con las instancias tradicionales de participación social (asociaciones, partidos, sindicatos, Iglesia...)»²².

Esta ambigüedad y falta de precisión en el uso del término «felicidad» impide comprender en alguna medida, siquiera mínima, la razón de que la sensación de sentirse felices haya descendido en las amas de casa del 38% en 1970 a un 16% en 1991. De Miguel se limita a sugerir una causa externa a la vida de las personas:

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Cfr. *op. cit.*, pág. 418.

²¹ Cfr. *Los nuevos valores de los españoles*, SM, Madrid, 1991, pág. 223.

²² *Ibid.*

«... Conforme avanza el desarrollo económico y la complejidad social, la población siente elevar sus expectativas por delante de sus logros, lo que le lleva a ser cada vez menos optimista respecto al estado de máxima felicidad»²³.

Tampoco suele ofrecerse ninguna pista para entender que «en la clase alta, al aumentar la práctica religiosa, se aviva el sentimiento de felicidad». «La consecuencia final es que el extremo de las personas más felices se encuentra en la combinación clase alta-católicos practicantes, esto es, los mejor instalados social e ideológicamente»²⁴. El término «instalados» no orienta nuestra atención hacia el plano de realidad en que se gesta la felicidad humana. Resulta, por ello, desorientador.

7. Creencias religiosas

En los últimos años se produjo en España un proceso de «secularización», entendida como una erosión creciente, no tanto de la fe en Dios, cuanto de la creencia en el cielo, el pecado y el infierno y un descenso correlativo de las prácticas religiosas²⁵. Estas creencias han disminuido en relación proporcional al aumento del nivel educativo, lo cual «confirma que los propósitos evangelizadores de la socialización escolar durante el franquismo a la larga han sido un fracaso». «Por lo menos no pudieron contrarrestar las otras fuerzas contrarias, propicias a la secularización, derivadas de la intensa transformación social»²⁶. Los métodos catequéticos no tuvieron la capacidad creativa que exigía la situación de pluralismo desbordante que se vivió sobre todo a partir de los años sesenta. En el último decenio se ha ido configurando una especie de «religión acomodaticia, que libera a los fieles del sentido de culpa»²⁷.

Se echa de menos aquí un análisis de los nuevos movimientos religiosos, que están elevando a numerosos jóvenes a un alto nivel de experiencia sobrenatural. Por su notable calidad, ejercen una función de levadura en la masa un tanto amorfa de los creyentes pasivos. Merecen, por ello, un puesto relevante en la sociología religiosa actual. Alude, tal vez, De Miguel a este fenómeno rejuvenecedor al

²³ Cfr. *op. cit.*, pág. 419.

²⁴ Cfr. *op. cit.*, pág. 421.

²⁵ Amando de Miguel escribe: «... Secularización es dejar de practicar más que dejar de creer» (*op. cit.*, pág. 443).

²⁶ Cfr. *op. cit.*, págs. 433-436.

²⁷ Cfr. *op. cit.*, pág. 439.

indicar que «entre los jóvenes hay cada vez más un menor número de católicos, pero éstos conservan mucho mejor su fe»²⁸.

La investigación sobre la actitud de los españoles en cuestión de creencias y práctica religiosa es un tanto imprecisa debido a una concepción menesterosa, que resalta en el siguiente párrafo: «Como es lógico, las personas que se dicen más religiosas creen en determinadas abstracciones o realidades inefables, que en nuestra cultura se derivan fundamentalmente de la religión católica»²⁹. Las realidades religiosas son «inefables» —a la letra «indescriptibles»—, es decir, sublimes, sumamente elevadas, *precisamente porque son eminentemente reales*. Lejos de ser una «abstracción», el Ser Supremo es la realidad más concreta y más densa, por ser la fuente primaria de toda realidad.

8. Ideales

Se entiende vulgarmente como «ideales» ciertos valores elevados a los que el hombre concede primacía en su vida. Se afirma a menudo que el español actual ha perdido en buena medida los *ideales* por cuanto rige su conducta con criterios *pragmáticos, utilitaristas, individualistas*. Esta orientación pragmática se observa profusamente, pero también se advierten ciertos comportamientos de carácter «idealista». Destaquemos algunas tendencias de ambos tipos:

1. *Ecologismo*. Hacia los años sesenta, mis condiscípulos de la clase de ética que impartía Romano Guardini en Munich no tuvieron reparo en mofarse abiertamente del gran maestro cuando criticó el desarrollo anárquico de la industria y pronosticó que no tardaríamos en alejarnos de los ríos debido a su hedor. Pronto hubimos de advertir el progresivo deterioro de la naturaleza, y hoy aceptamos comúnmente que «no somos tanto propietarios de los recursos naturales como administradores»³⁰. El espíritu ecologista, más o menos difuso, es aceptado hoy día como un rasgo de buen tono, pero de hecho no siempre se prefiere conservar la naturaleza a costa, por ejemplo, de cerrar fábricas contaminantes y poner en peligro el propio puesto de trabajo³¹. Observamos aquí, una vez más, cierta ambivalencia en las actitudes de los españoles.

²⁸ Cfr. *op. cit.*, pág. 440. Una visión de conjunto de estos nuevos movimientos religiosos la ofrece FIDEL GONZÁLEZ en su obra *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, Encuentro, Madrid, 1999.

²⁹ Cfr. A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 433.

³⁰ Cfr. A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 456.

³¹ Cfr. *op. cit.*, pág. 466.

2. *Altruismo*. Desde hace tiempo suelen destacarse el *individualismo* y la *falta de solidaridad* como rasgos distintivos de los españoles. Sin embargo, hay rasgos en su conducta claramente solidarios. Al español le costó siempre acomodarse al trabajo en equipo, pero, a medida que dispone de medios para acometer empresas de gran aliento, por ejemplo en el campo de la investigación, no duda en formar equipos valiosos, que están comenzando a dar frutos logrados.

Es verdad que hoy muchos jóvenes no están dispuestos a sacrificarse por la patria defendiéndola en una eventual guerra, pero no dudan en trabajar denodadamente en favor de la paz, la protección de la naturaleza, la religión y la unificación de Europa. En general, el español siente más vivamente la urgencia a darlo todo por otra *persona* que a consagrarse a fomentar el bien de *entidades abstractas*. Es sabido que en cuanto a la unión familiar, la comunicación con otras personas, la atención a los emigrantes —recuérdese la espléndida labor de las casas regionales en algunos países hispanoamericanos...— los españoles alcanzan cotas sobresalientes de solidaridad ³².

3. *Amor a la independencia y el bienestar*. Actualmente se advierte en España cierta tendencia a configurar la propia vida sin atenerse a principios morales y estereotipos sociales. Se siente temor a vincularse a otra persona de por vida. Se cultiva cada día más la cohabitación sin compromiso matrimonial, en buena medida por desconfianza de que el amor perdure. No pocos jóvenes optan por el matrimonio civil para legalizar los hijos y no sentirse demasiado vinculados.

Se ensayan nuevas formas de convivencia con el fin de pasarlo bien sin demasiados riesgos. Por ese espíritu *hedonista*, se calcula mucho todo lo referente a la paternidad, a fin de no perder la libertad de movimiento y no privarse de actividades gratificantes. «La mayoría tiene la idea de que el futuro es tan incierto que sólo se justifica vivir al día» ³³. Lo que prima es la ideología del individualismo ³⁴.

4. *El culto a la belleza corpórea*. Debido al bienestar económico y la actual cultura de la imagen, que concede primacía al sentido de la vista, se advierte hoy en España un acusado «cuerpocentrismo». Los medios de comunicación mar-

³² Cfr. A. DE MIGUEL, *op. cit.*, pág. 466.

³³ Cfr. M. MARTÍN SERRANO, *Los valores actuales de la juventud en España*, Instituto de la Juventud, Madrid, 1991, pág. 33.

³⁴ Cfr. H. BÉJAR, *El ámbito íntimo: Privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.

tillan nuestros sentidos con imágenes bellas, que se suceden con un ritmo muy veloz para dar la impresión de que la realidad es perfecta. Esa omnipresencia de puras imágenes bellas —que no dejan traslucir la realidad, a menudo penosa, que late bajo su apariencia— acaba imponiendo la idea de que un cuerpo imperfecto destruye la armonía de la vida social. Incluso la moda sirve al propósito de exhibir la belleza corpórea e imponerla como un canon. Las modelos despiertan admiración por ser *la apoteosis de la corporeidad*, en todos sus pormenores y sus medidas. La juventud actual se halla sometida en todo momento a esta especie de *dictadura de la belleza* en forma tan acusada que provoca la marginalidad espiritual de las personas que no se ajustan al criterio de belleza establecido.

La Fenomenología ha contribuido eficazmente a redescubrir la importancia del cuerpo. Somos seres corpóreos, nos expresamos a su través y vivimos en el mundo merced a la capacidad de intercomunicación que nos permite el cuerpo. Pero, en los últimos años, el cuerpo se arrogó el rango de primera figura y no sólo rehuye integrarse en el ser personal sino que a menudo quiere suplantar a la persona entera. De ahí que a muchas personas la preocupación por el cuerpo las domine y llene de ansiedad. Por eso, incluso quienes defienden un género de vida natural, espontáneo y no manipulado se apresuran a mejorar su aspecto corpóreo por todos los medios, incluso quirúrgicos.

El cuerpo humano presenta unas condiciones prodigiosas en cuanto a expresividad; está llamado a ser la *expresión viva de la persona*. Su verdadero sentido y alcance lo adquiere cuando opera unido activamente a las energías propias de la persona en cuanto tal. El cuerpo ágil de un bailarín adquiere toda su expresividad, su densidad de sentido y su gracia cuando se pliega dócilmente a las ideas y los sentimientos que ha de expresar. Los sentimientos y las ideas poseen una impresionante fuerza configuradora de gestos corpóreos. Un cuerpo privado de tal energía pierde toda su expresividad, su gracilidad y levedad. Se queda reducido a una mera figura, que, por perfecta que sea, carece del don de la gracia, que procede siempre de una feliz desproporción entre los medios movilizadas y el resultado obtenido. Tal desproporción es debida al poder configurador de lo que llamamos *espíritu*, que es el principio constituyente de la persona en cuanto tal.

Si tenemos en cuenta esta circunstancia, que la filosofía contemporánea ha destacado de forma brillante, descubriremos la grave incoherencia que supone cultivar el cuerpo de modo compulsivo, valorarlo al máximo y considerarlo, a la vez, como un centro de iniciativa *independiente de las fuentes de energía que proceden del plano del espíritu*. «Lo que pide el cuerpo es verdad», sostienen un 37% de los

llamados «jóvenes libertos» actuales³⁵. Esa pretendida «autonomía» ¿llevará al cuerpo al grado de desarrollo al que está llamado, o agostará sus mejores cualidades y posibilidades?

Abundan los profesionales —entre ellos, ciertos sexólogos y psiquiatras...— que estiman como algo obvio que el sexo puede ser independizado del amor personal. He aquí el cuerpo desgajado del espíritu. Este desgajamiento, según algunos psicólogos muy experimentados, no produce el pleno florecimiento de la sexualidad sino la pérdida de su sentido y su decadencia. «La sexualidad está entrando, en buena medida —afirma Viktor Frankl—, en un vacío existencial. Actualmente, nos hallamos ante una inflación sexual, que —como toda inflación, incluso la monetaria— va de la mano con una devaluación. La sexualidad se devalúa en la misma medida en que se deshumaniza. Pues *la sexualidad humana es más que mera sexualidad*, y es más que mera sexualidad en la medida en que es vehículo —en el plano humano— de relaciones transexuales, personales»³⁶. «La desintegración de la sexualidad —su escisión del contexto personal e interpersonal transexual— significa en una palabra una regresión»³⁷. «La tarea de una maduración sexual —escribe el psiquiatra alemán Rudolf Affemann— consiste en la integración del instinto en la totalidad de la personalidad individual. La sexualización de los medios de masas opera una constante desintegración de la sexualidad. Actúa, por consiguiente, en contra de la maduración de la sexualidad y del hombre»³⁸.

Estas enseñanzas de la más cualificada investigación ética y antropológica actual nos ponen alerta al observar la tendencia actual a autonomizar el cuerpo humano. Después de subrayar que en la sociedad actual se concede al cuerpo un *valor* tan destacado como al dinero, las propiedades o el nivel cultural, J.I. Ruiz de Olabuénaga escribe: «... El cuerpo es un objeto de placer, existiendo gran cantidad de actividades cuyo fin primordial es la búsqueda del placer, aun en perjuicio de “descuidar” o perjudicar el propio cuerpo»³⁹. La autonomización del cuerpo y del goce lleva a cultivar las experiencias excitantes —por ejemplo en los llamados «deportes californianos»— no por lo que impliquen de creatividad sino por el placer inherente al riesgo⁴⁰.

³⁵ Cfr. J. I. RUIZ DE OLABUÉNAGA, *La juventud liberta. Géneros y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Madrid, 1998, pág. 138.

³⁶ *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn*, Piper, Munich, 1985, pág. 141.

³⁷ *Op. cit.*, pág. 153.

³⁸ *La sexualidad en la vida de los jóvenes*, Sal Terrae, Santander, 1979, pág. 101.

³⁹ Cfr. *op. cit.*, pág. 138.

⁴⁰ Cfr. *op. cit.*, pág. 156.

En la misma línea se halla la irritante paradoja de que hoy se exalte a las modelos como «diosas de la belleza» y se manipule su figura de múltiples formas. Sobrecoge en este sentido leer la queja formulada en la revista *L'européo* por María Schneider, protagonista femenina del film *El último tango en París*. Se vio utilizada como actriz y luego vejada como persona al ser etiquetada como «la chica del tango» y no recibir en adelante ningún papel creativo y digno, contra lo que se le había prometido. «He sido aniquilada por esa película —escribe—. Para mí fue una violencia moral. La desnudez es algo que no debería ser explotado de esa manera por el cine. He sido explotada».

¿Puede coordinarse la exaltación del cuerpo y el envilecimiento de la persona? El hecho de que se estén dando a la vez ambos fenómenos pone al descubierto el confusionismo de la época actual, deslumbrante en conocimientos técnicos de todo orden y bastante sórdida, a veces, en cuanto a *sabiduría*, es decir, a los saberes relativos a la vida personal.

Al estimar el 70% de los «jóvenes libertos» que «el cuerpo es como un capital, hay que saber cuidarlo, explotarlo y enriquecerlo», piensan sin duda que están dignificando la vertiente corpórea de su ser personal, y no advierten que la reducen a un bien de consumo, susceptible de canje y valoración económica. Con ello anulan las bases que garantizan el respeto *incondicional* al propio cuerpo y al cuerpo de los demás y se abre la vía para todo género de manipulaciones envilecedoras.

A la vista de todo ello, la afirmación de que «la felicidad de la vida está en razón directa de la belleza» nos parece un sarcasmo⁴¹.

5. *La apropiación de la noche, como ámbito festivo*. En los últimos años se consolidó entre los jóvenes la costumbre de acotar las altas horas de la noche como su tiempo de diversión. Frente al mundo de los mayores, que gobiernan la sociedad durante el día, asumen un tiempo y un lugar precisos con ánimo de marcar distancias y dejar patente su voluntad de autonomía. Por eso se manifiestan de forma ruidosa, a sabiendas de que impiden el descanso de los mayores, rechazan violentamente cualquier tipo de límites que la sociedad establecida quiera imponerles —en cuanto a ruido, apertura de locales, ingesta de alcohol, etc.— A su entender, cualquier limitación de éstas les restaría independencia y capacidad de configurar su vida a su arbitrio.

⁴¹ Cfr. CARMEN DE BURGOS COLOMBINE, *El arte de seducir*, Sociedad Española de Librería, Madrid, s.f., pág. 14.

Estamos ante una manifestación agudizada del ideal moderno del dominio, la posesión y el disfrute, opuesto frontalmente al ideal del respeto, la solidaridad y el servicio desinteresado.

II. VISIÓN ESQUEMÁTICA DE LAS CARACTERÍSTICAS Y LOS VALORES PREDOMINANTES DE LOS ESPAÑOLES

Diversos sociólogos subrayan que la sociedad española muestra en los últimos años las siguientes características:

1.^a) *Menor vivacidad psicológica.* Las gentes parecen hallarse menos motivadas, y reaccionan frente a las grandes cuestiones de la vida de forma más desapasionada. Admiten los cambios sin mayores traumas; están más orientadas hacia la *templanza* que hacia la *fortaleza*. Desean tener éxito en cuanto emprenden, pero rehuyen asumir responsabilidades, comprometerse con criterios de conducta precisos, convencer a otros de la veracidad de la propia opinión. Estos rasgos corresponden a lo que suele considerarse como una «sociedad débil»⁴².

2.^a) *Mayor equilibrio afectivo.* Ha aumentado el número de quienes se sienten bastante satisfechos con la vida y buscan refugio en el ámbito confiado del hogar, ya que no confían demasiado en la mayoría de la gente⁴³. Esta desconfianza los aleja de las formas convencionales de solidaridad y participación social y los insta a defender su vida privada. Tal laguna se halla actualmente compensada por el fomento de *nuevas formas de solidaridad*, vinculadas a los llamados *valores post-materialistas*.

3.^a) *Un mayor espíritu de exigencia.* La preocupación por defender la libertad personal frente a todo tipo de totalitarismos y la falta de un análisis preciso de las distintas formas de libertad llevó a dar por supuesto que la libertad humana es *incondicional e ilimitada*. A lo sumo se pone un límite, el que marca la obligación de no dañar a los demás: «Mi libertad termina donde empieza la de los otros...», suele decirse. Puede parecer que este lema es expresión de un espíritu de solidaridad, pero se halla lejos de serlo, porque plantea la convivencia *desde uno mismo*, desde sus intereses particulares, no desde el *espacio de libertad creativa* que constituye la vida comunitaria rectamente entendida. Ese lema procede de la

⁴² Cfr. FRANCISCO ANDRÉS ORIZO, *Los nuevos valores de los españoles*, SM, Madrid, 1991, págs. 223 y sigs.

⁴³ Cfr. *op. cit.*, págs. 225-226.

concepción de la vida social como una *suma de proyectos individuales yuxtapuestos*, cuya máxima preocupación parece ser la de no perjudicarse entre sí⁴⁴.

Esta actitud individualista explica que cada día se planteen mayores exigencias a los poderes públicos sin pensar en la incidencia que puedan tener en el bien del pueblo y en el deber que cada uno tiene de fomentarlo.

La tendencia al individualismo se está acentuando últimamente debido al género de educación permisivista que, por una actitud populista y falsamente «progresista», se ha ido imponiendo desde las instancias dirigentes. Entra una madre con un niño en un medio de locomoción y le insta a que corra a buscar sitio. El niño se desliza entre los mayores, se sienta y no mira si hay alguna persona mayor a su lado... A menudo, la madre permanece de pie contemplando al pequeño repantigado en el asiento.

4.^a) *Perplejidad espiritual y desvalimiento ante una situación de desamparo*. Las gentes del pueblo, sobre todo las más sensibles intelectual y espiritualmente, se han visto burladas en los últimos decenios por una múltiple estafa:

1. Se les prometió enfáticamente que el progreso científico y técnico iba a traducirse en un aumento correlativo de felicidad, y hoy vemos con alarma que la naturaleza está rebelándose contra el progreso indiscriminado.

2. Se les hizo creer que la vida democrática anulaba cualquier restricción a la libertad individual, y hoy se cometen toda suerte de extremismos que no sólo destruyen la «libertad creativa» de multitud de personas sino que comprometen la seguridad ciudadana y el bien común.

3. Se proclamó el amor libre como una fuente de plenitud humana y felicidad sin límite, que superaría por elevación las depresiones y demás desarreglos psíquicos, y cada día debemos lamentar más desgracias personales y familiares de diverso orden.

4. Se difundió la idea de que el marxismo, tomado como base ideológica para la configuración de la sociedad, iba a solucionar los problemas de los más menesterosos, y no produjo sino devastaciones económicas y sociales en diversos países.

⁴⁴ Cfr. JAVIER ELZO IMAZ, «Una radiografía de la sociedad española actual», en *La educación en valores*, PPC, Madrid, 1997, pág. 15.

En contraste abrupto con estas falsas promesas, el hombre del pueblo se siente acosado por una serie de incertidumbres provocadas por las causas siguientes:

- Crisis económica y falta de trabajo estable.
- Envejecimiento de la población y riesgo de inestabilidad en el sistema de la seguridad social.
- Falta de referentes intelectuales y espirituales sólidos, debido a la práctica indiscriminada de la manipulación, el intrusismo y el reduccionismo, actitudes inspiradas por la falsa idea del progresismo.

Esta incertidumbre se traduce en *perplejidad* y *desamparo espiritual*: se carece de un ideal claro y convincente por el que apostar en la vida, y no se acierta a descubrir si ésta tiene sentido y cómo ha de ser conseguido por cada persona individual.

5.^a) *El presentismo o atemimiento a las cuestiones inmediatas*. Dicha perplejidad deja al hombre «desbrujulado», desconcertado y sin un norte claro. El hombre actual tiene cada día mayor dificultad para orientarse en un entorno complejo que parece desbordarle en todos los frentes: el económico, el político, el cultural... Ello le invita a replegarse sobre sí y acogerse a las ganancias inmediatas, al entorno que puede abarcar, a la solución de sus problemas perentorios, al disfrute de los pequeños goces de cada día. Este «solipsismo grupal» encierra a la población en una especie de «planeta autista», en el que no puede florecer una auténtica creatividad⁴⁵.

6.^a) *La tendencia al autonomismo*. Una persona que no tenga confianza en sí misma y no sienta una verdadera autoestima, porque se ve como un náufrago inerme en un océano amorfo y hostil, no está en disposición de *abrirse confiadamente* al entorno para *asumir activamente* las posibilidades que pueda recibir de él. Ese «asumir activamente» es la base de la *creatividad*. El hombre desvalido espiritualmente no se ve con fuerzas interiores para *crear* una verdadera relación de solidaridad con las realidades del entorno, y se acoge a la posición individualista que refleja el lema «sálvese quien pueda». La sociedad, con ello, se difracta en una multitud de individuos, que intentan ganar cierta autoestima construyendo un mun-

⁴⁵ Cfr. *op. cit.*, págs. 19-20.

do propio de criterios y normas, e incluso a veces de lenguaje, proclamando que «todo vale», que «todas las opiniones son dignas de respeto», aunque no tengan el menor fundamento racional. De ahí la aversión de tantas personas a quienes tienen una concepción de la vida dotada de valor *universal*. Súbitamente le atribuyen una voluntad de imponer sus propios criterios a los demás, porque dan por hecho que nadie puede abrigar una convicción que sea *objetivamente* más valiosa que otra. El individualismo va unido con un subjetivismo *agresivo*. Se piensa que somos incapaces de fundar nuestras ideas y creencias en una base que no responda a una mera ocurrencia o al interés particular sino que viene sugerida y avalada por una larga y contrastada experiencia de personas especialmente dotadas. «Este deslizamiento de la autonomía de la persona humana, constructora de una sociedad más justa en solidaridad con sus semejantes (en comunión, diríamos desde una perspectiva cristiana) hacia la mera individualidad en la que reina el «sálvese quien pueda» es una de las notas dominantes en la que imperceptible pero ineluctablemente está entrando la sociedad actual»⁴⁶.

No pocos autores se preguntan si es posible, en esta sociedad fragmentada, hallar «un espacio ético común», «un universo mínimo de valores» en el que podamos llegar a un acuerdo para construir una sociedad mejor configurada y más justa. Se proponen tres órdenes de valores básicos para conjugar el pluralismo de la sociedad actual y una forma de unidad supraindividual que la estructure en alguna medida:

1. El respeto a los valores humanos, cuya Carta Magna fue proclamada hace medio siglo.
2. La voluntad de resolver los problemas por vía de diálogo y reservar el uso de la fuerza a las legítimas autoridades.
3. Cultivar una relación respetuosa con la naturaleza, inspirada en la primacía del ser sobre el tener, del colaborar sobre el dominar⁴⁷.

Se trata, indudablemente, de actitudes valiosas, pero no basta enunciarlas para que supongan un giro hacia una vida social fecunda y sana. Hay que establecer una base sólida merced a la cual la atención a los derechos humanos, la práctica del diálogo y el respeto a la naturaleza supongan un *compromiso de toda la persona*. Esa base viene dada por el conocimiento a fondo de lo que es e implica

⁴⁶ Cfr. J. ELZO, *L. cit.*, págs. 25-26.

⁴⁷ Cfr. J. ELZO, *L. cit.*, pág. 26.

la vida personal. Ésta se teje a través de toda una serie de encuentros y tramas de encuentros. Comprendido y vivido el encuentro con autenticidad, se pueden asumir con toda decisión y plenitud los valores que resaltan en la sociedad contemporánea española y superar la ambivalencia e incoherencia que muestran actualmente y que les resta buena parte de su eficacia.

III. ACTITUDES INCOHERENTES EN LA FORMA DE VIVIR LOS VALORES ⁴⁸

1. Si quiero afirmar la propia *individualidad* arrogándome el derecho de enfocar y realizar la vida de forma totalmente *autónoma*, desvinculada de toda realidad distinta y exterior a mí, me equivoco. Olvido que no soy un *individuo* sino una *persona*, y, como tal, debo crecer *comunitariamente*, viviendo toda suerte de *experiencias reversibles* con las realidades de mi entorno vital.

2. El que confunde *individuo* con *persona* suele entender la *paz* como mera *falta de conflictos*, y reduce la *tolerancia* a la *permisividad*, para fingir un remedo de mutuo entendimiento. La verdadera paz hay que construirla tejiendo ámbitos de convivencia, lo que implica una labor creativa. De igual modo, la tolerancia auténtica no se limita a consentir cualquier tipo de pensamiento o acción; consiste en *buscar la verdad en común*, reconocer que el otro puede haber descubierto al menos una parte de la verdad desconocida por mí y verlo como un colaborador en la tarea de descubrir la riqueza total de la vida. Esta forma de tolerancia supone *estima* del otro —aunque en principio contradiga mis puntos de vista—, con todo cuanto implica: inteligencia, voluntad de hallar la verdad y vivir de la verdad, afán de plenitud...

No es infrecuente hoy día en las reuniones que alguien se autoproclame tolerante y conceda a todos los asistentes su turno para manifestarse, pero sólo presta atención a quienes apoyan sus propuestas. Prescinde de lo que puedan aportar quienes ejercen algún género de crítica. En este caso, no se trata de *tolerancia* sino de simple *atención a las reglas*.

El que defiende con tenacidad una idea y ofrece las razones que le avalan no es, en principio, intolerante y dogmático, como a veces se afirma; intenta ser

⁴⁸ Sobre el carácter ambivalente de las características del joven actual y la forma de superarlo puede verse un amplio análisis en mi obra *La juventud actual entre el vértigo y el éxtasis*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 21993, págs. 199-225.

fiel a la verdad. Si tiene flexibilidad espiritual para cambiar su opinión en cuanto se le muestra que está equivocado, es una persona *tolerante* porque da primacía a la verdad, que nos ilumina a todos, sobre la imposición de su parecer.

3. Son numerosos los ciudadanos que manifiestan su aprecio por la vida familiar. En 1994, el 64% de los jóvenes se inclinaban por el matrimonio religioso; el 15%, por el matrimonio civil solo; otro 15%, por una forma de unión libre sin vínculo contractual alguno; un 5% prefería no casarse ni unirse de forma estable⁴⁹. En 1999, optan por el matrimonio religioso un 57%; por el matrimonio civil solo, un 14%; por la unión libre, un 20%, y por ninguna forma de unión estable, un 7%⁵⁰.

Ha habido un ligero descenso en contra de la opción en favor del matrimonio religioso. Pero todavía lo defiende la mayoría. Además, los jóvenes se muestran cada día más exigentes en cuanto a la fidelidad matrimonial, y son menos permisivos, por tanto, con las «aventuras extramatrimoniales de personas casadas». Contrastan con estas actitudes los dos hechos siguientes:

— El debilitamiento que la familia está experimentando, cuantitativa y cualitativamente, como estructura social. Por una parte, aumenta el número de personas que viven fuera del orden familiar, y, por otra, disminuye la capacidad educadora de la familia mientras aumenta el influjo de los medios de comunicación y de los grupos de amigos.

— La práctica del divorcio es justificada mayoritariamente. Los jóvenes actuales consideran la infidelidad como el motivo más grave de ruptura matrimonial; pero demandan libertad para resolver drásticamente, mediante el divorcio, los conflictos matrimoniales al parecer insolubles.

4. Se proclama, como algo obvio, la necesidad de proteger la vida vegetal, animal y humana; y se postula decididamente la supresión de la pena de muerte. Pero se considera como un derecho de ciertas personas poder decidir si la gestación de una nueva vida humana llegará a término o no.

5. Se valora altamente el trabajo como un recurso indispensable para sostenerse económicamente, pero a la vez se aspira a una vida más sencilla, más poética, convivencial y pausada, abierta a la dimensión espiritual y religiosa, menos afanosa de bienes y un tanto liberada de la actividad laboral.

⁴⁹ Cfr. J. ELZO (dir.), *Jóvenes españoles 1994*, SM, Madrid, 1994, pág. 113.

⁵⁰ Cfr. J. ELZO IMAZ y otros, *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid, 1999, pág. 161.

6. Se concede importancia al hecho de ganar dinero y se pide un alto nivel ético en la sociedad. Apenas se advierte que, si el afán por los bienes de consumo responde a una actitud posesiva y hedonista, resultará difícil alcanzar dicha excelencia ética, que obedece a una actitud de desinterés y creatividad.

7. Con frecuencia, ciertas personas manifiestan que son cristianas, pero no aceptan la Iglesia, olvidando el hecho básico de que *vivir cristianamente* equivale a *vivir comunitariamente*. Crear formas relevantes de unidad.

Esta posición responde, sin duda, a la desconfianza actual hacia las instituciones y la tendencia a primar lo individual sobre lo comunitario. Se piensa mayoritariamente, sobre todo entre los jóvenes, que la libertad no puede coordinarse con la atención a normas y preceptos, y con la aceptación de cuanto limite las posibilidades de maniobra. El esquema «libertad-norma» sigue siendo considerado como un *dilema*, que obliga a escoger entre uno de los dos términos que lo componen⁵¹. Y, dado que la palabra «libertad» —entendida simplísticamente como mera «libertad de maniobra»— es el «término talismán» por excelencia en este siglo, se opta por la libertad y se deja de lado la norma.

Esto explica que hoy día se hable menos de la *secularización* y más de las *nuevas manifestaciones de lo religioso en la sociedad occidental*; se estudie menos el conflicto entre la modernidad y la religión para atender más a la distinción entre la religiosidad institucionalizada (práctica de los sacramentos, atención a las normas eclesiales...) y la religiosidad basada en experiencias menos reguladas y más vivaces (oración privada, celebraciones en momentos especialmente significativos...).

8. Las gentes disfrutan hoy de mayor bienestar, pero padecen en buena medida inseguridad, incertidumbre, ansiedad, vacío existencial. A menudo fueron seducidas por la proclamación de ciertas *quimeras* —altas metas imposibles—, y ahora se niegan a perseguir auténticas *utopías* —altas metas asequibles con esfuerzo—. La sociedad actual padece, en lo relativo a los valores, el tipo de *cansancio* que constituye, según Husserl, el gran riesgo del hombre europeo⁵².

⁵¹ Romano Guardini consagró un libro a mostrar que buena parte de los supuestos «dilemas» que pueblan nuestra vida intelectual no son sino «contrastes», cuyos términos no se oponen entre sí, antes se complementan. Cfr. *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente-concreto*, BAC, Madrid, 1996. «Uno de los signos cardinales de la mediocridad de espíritu es ver contradicciones allí donde sólo hay contrastes» (G. THIBON, *El pan de cada día*, Rialp, Madrid, 2^a1952, pág. 63).

⁵² Cfr. «La filosofía en la crisis de la humanidad europea», incluida como Apéndice en *La filosofía como ciencia estricta*, Nova, Buenos Aires, 3^a1973, pág. 172.

IV. CAUSAS DE LA AMBIVALENCIA E INCOHERENCIA EN LAS ACTITUDES

Si queremos comprender a fondo las actitudes de los españoles respecto a los valores y no sólo describirlas superficialmente, hemos de investigar las causas que las determinan, en la medida en que puede hablarse de «determinación» cuando se trata de un ser libre.

1.^a Se concede primacía con frecuencia a la actitud *dominadora* y *manipuladora* sobre la actitud *creativa*. Para dominar y manejar, se tiende a considerar los seres del entorno humano como «objetos» y no como «ámbitos», que son los que permiten crear formas de unidad *reversible* y superar, así, la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, el sujeto y el objeto. De esa forma, el hombre queda alejado de cuanto en principio le es distinto, distante, externo, extraño, ajeno. Eso significa la pérdida de la relación de presencia y encuentro con las demás personas, con la comunidad y las instituciones, con la verdad, el valor y el sentido; con el Ser Trascendente por antonomasia. Perdida la vecindad espiritual con los otros hombres y con Dios, el hombre —falta de la energía creadora que procede de las posibilidades que le vienen de «fuera»—, no cree tener más recurso que encerrarse en sí mismo y cultivar el *individualismo*, como sucedáneo pobre de la *personalidad*. Esa reclusión le imposibilita unirse de verdad al entorno y vivir creativamente. Esta falta de creatividad explica mil carencias de la vida, que llevan al tedio o aburrimiento, el vacío interior, la infelicidad y el pesimismo.

De aquí se derivan multitud de ambigüedades y contradicciones en la conducta humana, pues el hombre falta de creatividad desea plenitud y no puede alcanzarla: anhela libertad creativa, y se queda en el ejercicio de la mera libertad de maniobra; desea convivencia y amor, y sólo cultiva la pasión erótica; ansía vida comunitaria, y no logra sino uniones interesadas... El lenguaje, que es *vehículo de la creatividad*, queda, así, desvirtuado y alterado.

2.^a El temor a los conflictos bélicos llevó a los hombres de la posguerra de 1918 a alejarse del espíritu y, derivadamente, de la inteligencia, considerada como la raíz de la capacidad humana de planificar el exterminio. Ese alejamiento los llevó a conceder primacía al instinto sobre la razón, a la vida irreflexiva sobre la reflexiva, al mero opinar sobre el concienzudo razonar, a la apariencia sobre la realidad, a la espontaneidad arbitraria sobre la conducta ética...

Tal nostalgia por la vida inferior a la persona y, por tanto, a la actividad creativa, impide al hombre integrar sus diversas vertientes —vida y espíritu, senti-

dos e inteligencia, voluntad y sentimiento...—. Esta falta de integración no le permite comprender debidamente los fenómenos complejos. Por eso

- reduce el amor a mero erotismo;
- entiende la libertad como libertad de maniobra, no como libertad creativa;
- no capta la energía vital que alberga el *ideal auténtico*, que es crear las formas más elevadas de unidad, que son fruto de la generosidad y no ambicionan el tener sino el ser. «Cuando alguien trata a otro como un tú —escribe Martin Buber—, no tiene nada, no posee nada, pero está en relación»⁵³.
- Al no integrar los modos de realidad que configuran su ser, el hombre se deja llevar de las fuerzas inferiores, que son las que tienen poder de *arrastré*, y no tiene sensibilidad para seguir la vía marcada por el espíritu y los valores que él propone, sobre todo el valor supremo que es el *ideal*. Al carecer de este foco orientador, el hombre no puede dar sentido unitario a su vida, y queda internamente escindido.

En esta situación de desconcierto, se hace urgente e ineludible la labor de los auténticos líderes. «¿Cuáles son, frente a esta situación —se pregunta Paul Ricoeur— la tarea y la responsabilidad de los educadores, incluyendo en ellos a las sociedades de pensamiento, a los grupos espirituales y a las iglesias? (...) Respecto al problema que hoy se nos plantea, creo que estamos llevados a descubrir la amplitud de una tarea educativa nueva (...): una cierta visión del hombre, capaz de dar sentido a nuestra acción en el mundo»⁵⁴.

Cabe afirmar, en síntesis, que las incoherencias en la actitud ante la vida responden a un deficiente conocimiento de la persona humana y su modo normal de desarrollo, que viene orientado e impulsado por el *ideal del encuentro*, opuesto al *ideal del dominio*. Para superar esa laguna, el hombre actual necesita personas que contemplen con soberanía de espíritu la realidad y sepan darle *claves de orientación luminosas* de las que se desprendan *pautas de conducta certeras*.

Con razón, un conocido sociólogo actual concluye su análisis de la sociedad española actual con estas palabras: «Para tal fin hay necesidad de personas, de

⁵³ Cfr. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid, 21995; *Ich und Du*, en *Die Schriften ubre das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg, pág. 8.

⁵⁴ Cfr. *Historia y verdad*, Encuentro, Madrid, 1990, p

grupos y de colectividades más amplias que con carácter de gratuidad (...), sin mesianismos ni fundamentalismos, sean capaces de proponer proyectos de vida coherentes al par que entusiasmantes, muestren finalidades capaces de dar sentido a una existencia y formen personas en el rigor del estudio paciente que permita pasar de la moral de las buenas intenciones a la moral de los buenos resultados»⁵⁵.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDRÉS ORIZO, F.: *Juventud española 1984*, SM, Madrid, 1985.
— *Los nuevos valores de los españoles*, SM, Madrid, 1991.
- BELTRÁN VILLALBA, MIGUEL: *Juventud española 1960-1982*, SM, Madrid, 1984.
- DE GREGORIO, ABILIO, y otros: *La educación en valores*, PPC, Madrid, 1997.
- DE MIGUEL, AMANDO (dir.): *La sociedad española 1992-1993*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- DEL CAMPO, SALUSTIANO (dir.): *Tendencias sociales en España (1060- 1990)*, Fundación BBV, Madrid, 1993, 3 vols.
- DELICADO BAEZA, J.: *Educación en valores hoy*, Consejo General de la Educación Católica, Madrid, 1993.
- ELZO, J., y otros: *Jóvenes españoles 94*, SM, Madrid, 1994.
— *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid, 1999.
- GONZÁLEZ BLASCO, P., y GONZÁLEZ ANLEO, J.: *Religión y sociedad en la España de los 90*, SM, Madrid, 1992.
- GONZÁLEZ DE CARDENAL, O.: *España por pensar*.
- PÉREZ ALONSO-GEK, PETRA MARÍA, y otros: *Los valores de los niños españoles*, SM, Madrid, 1992.
- RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I.: *La juventud liberta. Géneros y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Madrid, 1998.
- VILLALAFÍN BENITO, J. L., y otros: *La sociedad española de los 90*, SM, Madrid, 1992.

⁵⁵ Cfr. J. ELZO, «Una radiografía de la sociedad española actual», en *La educación en valores*, PPC, Madrid, 1997, págs. 40-41.

